

XII

LA QUINTA FLECHA.

— Quite usted todos esos estorbos de mi mesa y déjenos...

La voz del ministro de Negocios extranjeros era nerviosa é imperativa como su ademán. El joven Wilkie, á quien su padrastro había mandado llamar á toda prisa, olía novedades en la casa y ayudó al portero á quitar precipitadamente los objetos exóticos, las cajas de conchas, que estorbaban en la mesa de despacho de Valfón.

— Tenga usted cuidado, señor Wilkie;... el coronel ha recomendado mucho que esperásemos que él estuviese aquí para tocar todas estas cosas, sobre todo á ese gran rollo de hojas de latanero...

— Quite usted eso, le digo... No le necesito á usted ya... interrumpió el ministro, arrancando de las manos del solemne Duperron, ujier del ministerio de Negocios extranjeros hacía treinta y cinco años, el largo y misterioso cestillo que el buen hombre apenas se atrevía á tocar y que Valfón arrojó violentamente sobre un diván de tela persa.

En cuanto se cerró la puerta, Wilkie preguntó á su padrastro :

— ¿Entonces es el coronel Moulton el que estaba ahí? Tenía con él á la diminuta reina de los enanos?

— No, pero viene á almorzar. Tenemos gente con ese motivo : los Marcos Javel y su sobrina, las hijas del embajador de Inglaterra, la señora Harris, la americana... Ya ves si es oportuna la escena que tuve con tu madre esta mañana.

El ministro, después de unas cuantas idas y venidas nerviosas en todas direcciones, se detuvo á mirar, con la frente pegada al doble cristal de la ventana, cómo caían los blancos copos del invierno en el inmenso patio desierto y como agrandado por el silencio de aquella mañana de domingo. Sin volverse, arrojaba por encima del hombro frases masculladas con un grueso cigarro, que recogía lo mejor posible su ingenioso secretario particular.

— Esa mujer está loca... loca perdida... Me ha dirigido acusaciones y amenazas que no he querido comprender... Desde luego, si lo que quiere es escándalo, tengo medios de responderla. Sus cartas á ese joven, á ese Raimundo Eudeline la cubrirían de vergüenza y de ridículo.

Entre dos frases del ministro, Wilkie aventuró, mordiéndose el fino labio :

— ¡Oh! mi madre habla, habla, pero no hará nada.

— Por de pronto su fuga es ya un escándalo... Porque se ha marchado, ¿sabes? á la vista de todo el mundo ha abandonado la casa de su marido y de sus hijos...

En su animación, el orador se volvió hacia la asamblea y encontrándose con la mesa aprovechó la ocasión para golpear en ella con los puños cerrados como sobre la madera hueca de la tribuna, con la boca llena de palabras mentirosas y declamatorias... Familia. . deber... maternidad.

— Mira esto, mi jefe... El secretario particular puso encima de la mesa un prospecto de cubierta azul que llevaba á modo de escudo una cruz y tenía este título: *Anales de la Obra de los niños enfermos. Dirección del doctor Castagnozoff*, y este versículo de la Biblia en exerga: « ¿Á quién enviaré?... Heme aquí, enviadme ».

Ante la muda y dura interrogación del ministro el joven se apresuró á responder:

— Si mi madre se ha marchado, está aquí, no hay duda, con la doctora Sofia Castagnozoff, una chiflada que anda por esos mundos recogiendo y cuidando todos los pequeños desarrapados. El tal Raimundo Eudeline es tan hábil como su hermanita... Cuando ha visto que se le *enconaba* su querida del gran mundo, ha dado á esa naturaleza exaltada y religiosa, á esa alma apasionada de portuguesa, una dirección completamente humanitaria. ¿ Irá mi madre hasta el fin de su intentona? Es muy capaz, pero á condición de llevarse con ella á Florencia. Sola, no lo creo.

Valfón, ocupado en hojear el cuaderno azul de la fundación, dirigió una mirada de reojo, y no buena.

— ¡ Llevarse á Florencia! ¿ Por qué razón? Florencia no está cansada de la vida... Y subrayando ciertos pasajes con una risa malvada, leyó en voz alta las condiciones de reclutamiento para los postulantes: « *Desde el punto de vista moral, una naturaleza enérgica... ¿ eh? ¿ eh?... Una facilidad excepcional para resolver dificultades... ¡ Digo!... Nada de sensualidad ni de nerviosidad... No se exige dote más que á las personas que puedan aportarlo... Tu madre no ha debido llevarlo muy importante... añadió en tono guasón.*

— No me han dicho nada, mi jefe. Mauglas podría

decírnoslo, pues él es quien me ha dado estas noticias. Desde que tú le suprimiste en las dos prefecturas, la de París y la de San Petersburgo, trabaja por su cuenta y trata amistosamente. Por cierto que no sé qué mala aventura habrá abatido su cresta insolente y limado sus espolones. Se ha puesto una cara de mayordomo de cofradía, de mejillas y barba amarillentas, no se quita nunca un gorro de seda calado hasta las cejas y, para colmo de transformación, ha anunciado en casa de Mame un libro de poesías, *Campanas y campanillas*, que es maravilloso. Hay que oírle decir: « Mi libro es por la gloria; el espionaje para mantener á mis viejos ». Porque ese célebre tipo tiene un padre y una madre á quienes da de comer con regularidad. « Un sostén de familia » como llamábamos en Luis el Grande al joven Eudeline, el cual, muy orgulloso con su título, trataba de conquistar á las mamás en el salón de visitas... ¡ Oh! lo que es ese me tiene que pagar la mala partida que me ha jugado. Mucho Schumann y mucho dar vueltas al grifo del sentimiento con mi madre, y mientras la relega al dispensario de esa buena doctora, se pone á vivir tranquilamente con una bonita muchacha, la hija de ese viejo loco que dirige la taquigrafía en la Cámara. Pues el tal lzoard no es cómodo. Si llega á saber que su señora hija no se priva de... Y yo sé de alguien que se encargará de ponerle al corriente.

— Mientras tanto, hoy... Valfón, exasperado, se atusaba uno por uno los pelos grises de su bigote desmayado... Ni tu madre ni tu hermana asistirán al almuerzo. Ni una mujer á quien colocar enfrente de mí.

Wilkie propuso tímidamente:

— Yo podría aún intentar que Florencia me dejase entrar en su cuarto.

— Guárdate bien de hacerlo... dijo Valfón vivamente, como si temiese una explicación entre los dos hermanos. Ya la conoces. Dice que está enferma; no quiere recibirte y no te recibirá.

La cara maligna del joven viejo se aguzó.

— Tengo una idea, mi jefe. Podría irme á Marina, á avisar á Jeannine Briant... Son muy amigas y acaso ella podría traérnosla.

— Prueba, pero pronto; apenas hay tiempo... murmuró el ministro echándose á la larga en el diván de seda, donde su cuerpecillo miserable agobiado de pasión y de fatiga nerviosa, no ocupaba más sitio que el exótico paquete de hojas de latanero.

Menos de media hora después, la señorita Jeannine, la sobrina del ministro de Marina, en traje de almuerzo, — vestido de paño, corte de sastre, y gran sombrero Gainsborough con plumas — daba golpecitos en la puerta de Florencia con la cornalina de una de sus sortijas. La doncella, detrás de la puerta entreabierta, trató todavía de resistir. « Si la señorita Jeannine supiera... si pudiera sospechar en qué estado... Jeannine empujó la puerta, despidió á la doncella y se acercó á la gran cama de encajes blancos y rosa en la que creía postrada á Florencia con uno de esos accesos de indolencia y de holgazanería que se apoderaban de ella de vez en cuando y le duraban todo el día, durante el cual se estaba acostada y soñolienta, olvidada de la existencia detrás de las cortinas corridas.

— ¿Pero dónde estás? preguntó asombrada al ver la cama vacía y la ropa levantada. En el fondo del cuarto

tocador respondió la voz de Florencia lenta y triste y como desgarrada :

— ¿Eres tú, Jeannine? ¿Estás sola? Acércate para hablarte.

Jeannine se acercó á la puerta.

— ¿Pero qué sucede aquí? Se dice que tu madre se ha marchado... Sal de una vez, Florencia, y hablemos.

— Si me vieras, lo comprenderías todo. No quiero...

La sobrina de Javel se acordó de repente de su conversación en el jardín de la embajada.

— ¡Desgraciada! ¿Qué has hecho?... Abre, abre pronto...

Empujó la puerta, que cedió en seguida, y vió ante ella una especie de niño de coro, pálido y mofletudo, de ojos febriles, de pelo rapado y el cuerpo metido en un negro sayal de carmelita ajustado á la cintura con un cordel.

— ¡Oh! mi pobre Flofló!... Tu hermoso cabello...

En el asombro que le producía aquella aparición se mezclaban las ganas de reír y de llorar, tan singular resultaba aquella bola mal rapada y de facciones regulares y finas, que recordaban á Wilkie tanto como á su hermana.

Inmóvil y con la vista en el suelo, Florencia murmuró :

— Ya lo ves, me he cortado el cabello... y cuidado que había... Pero me ha faltado corazón para desfigurarme todo lo que había pensado... Quería cortar en plena carne, pero me ha temblado la mano...

Y añadió muy bajo, como para sí misma :

— En fin, el miserable no podrá enseñarme y gozar de su triunfo... No podrá oír decir de su presa : « la más hermosa cabellera de París. »

Jeannine lanzó un grito de espanto.

— ¡Pero, Dios mío!... ¡Ah! pobre mujer... ¿Luego es verdad? ¿Es por eso?

Cogió á su amiga en sus brazos y dijo sentándose con ella en la camita que la señora de Valfón instalaba todas las noches en la habitación de su hija :

— Vamos á ver, Flofló mía... Cuéntame, quiero saber... ¿Es posible que haya osado una cobardía semejante?

— La ha osado, puedes estar segura, dijo en tono de burla Florencia Marqués con una expresión de boca que parecía tomada de su domador.

Jeannine continuó su interrogatorio, entrecortado por mil exclamaciones :

— ¿Es posible?... ¡Qué abominable ser! Pero yo creía que tu madre se acostaba á tu lado todas las noches...

— No todas, como ves... Su cama no está deshecha. Florencia señaló á la cama en que estaban sentadas y continuó :

— Mi pobre madre, desde que ha encontrado á esa Sofía Casta, la doctora rusa, no se ocupa más que en su fundación de los niños enfermos. Está fuera continuamente y su casa y sus hijos no son nada para ella. Se pasa la vida en reuniones y en conferencias... Puedes figurarte si Valfón la espía y si yo estaría viéndole venir con sus ojos atravesados que siempre miran á distinto objeto que el que quieren ver... Advertí varias veces á mi madre diciéndole : « Tengo miedo », pero me lo había oído decir con tanta frecuencia... Hubo un corto silencio y después la joven continuó, muy pálida y con los dientes apretados : Por fin, esta noche se daba una gran fiesta en Versailles á beneficio de la fundación; bien lo sabes, puesto que tu tía, la señora de Javel, debía ir...

El gran sombrero de plumas de Jeannine se movió dos veces muy de prisa como diciendo : « Sí... sí... » Pero en aquel punto del relato la joven no le hubiera interrumpido ni con una palabra, ni con un suspiro...

— Mamá había dicho á la negra que velase aquí, muy cerca. Obligada á volver en coche, sabía que no podría estar en casa hasta la madrugada. ¿Estaba en su sitio la negra ó él la despidió? Puede que estuviera dormida, sencillamente.

La risita canalla de un momento antes apareció en su cara y torciendo un poco la boca, la joven añadió con voz sorda :

— No he debido gritar muy fuerte, qué quieres. Tú me conoces; soy orgullosa, pero cobarde y tan abandonada... Después, hacía tanto tiempo que me perseguía, que su pasión me quemaba con las mismas palabras, que su aliento, que sus manos me buscaban en los mismos sitios... Se cansa una al fin y de la misma repugnancia viene la costumbre...

— ¡Cállate, desgraciada! ¿Y tu madre?...

— La culpa es suya... No debía haberme dejado sola... pero después de dejar escapar ese grito de cólera, Florencia continuó con más dulzura :

— ¡La pobre mamá!... Cuando entró esta mañana y me encontró medio muerta en mi cama, con la cabeza rapada y repartidos al rededor de mí todos mis cabellos...

— ¡Que debían hacer un hermoso manojito negro!

— Comprendió inmediatamente; de un salto se puso en el cuarto de Valfón, y después de una escena horrible de la que sólo llegaban hasta mí voces confusas, vinieron los dos á mi cuarto; ella delirante y repitiendo como

una loca: « ¡ Me voy... me voy!... » y él lívido, muerto de miedo, con la cara descompuesta y suplicándola: « Yo te conjuro á callarte, evitemos el escándalo... ¡ En nombre de tus hijos!... » Me acuerdo de esta frase, que me pareció sublime en su boca... Ahora, ¿qué va á pasar? ¿qué va á ser de nosotros? ¿ Mi madre se ha marchado realmente? ¿ Va á acompañar á su médico ruso hasta la India? Yo hubiera podido seguirla y asociarme á esa obra admirable; pero soy débil... Ya no quiero nada ni tengo fe en nada... Y además, mírame y dime á dónde quieres que vaya con esta cabeza de mono que me he puesto. No me queda más recurso que estarme en mi rincón y ocultar en él mi fealdad en castigo de mi vergüenza.

— ¡ Tu fealdad! ¿ Pero crees seriamente que estás fea?... Jeannine cogió entre sus manos la cabecita rapada de Florencia y la envolvió con una sonrisa.

— Pues bien, yo te aseguro que estás así lindísima. Me recuerdas aquel príncipe indio que vino el año pasado, el hijo de la reina de Oude...

Los grandes y tristes ojos de Florencia se inundaron de lágrimas.

— Es espantoso lo que me dices.

— ¿ Por qué?

— Porque he querido castigarme y perder esta belleza que no he sabido defender. ¡ No lo he logrado, Dios mío!

Jeannine Briant no pudo nunca olvidar la singular energía con que aquella muchacha insignificante de ordinario, de ademanes cansados y flojos, había amartillado su frase. Pero en el momento mismo aquella pequeña parisiense, la sobrina de Marcos Javel, tan

fútil y ligera como las plumas de su sombrero, se preocupó sobre todo de la promesa que había hecho á Wilkie de conseguir que su hermana asistiese al almuerzo.

— Escucha, querida mía, puede que me engañe; pero hay un medio de saber si estás ó no desfigurada. Hoy tenéis gente á almorzar. Vístete y ven conmigo á la mesa: así leerás la verdad en todos los ojos.

Florencia reflexionó un segundo y en seguida se levantó de repente.

— Ten cuidado... Voy á ir contigo á ese almuerzo y á tratar de vivir como una criatura natural después del horror de esta noche... Lo haré para darme cuenta del efecto que produzco... Pero si mi designio no se ha cumplido, si ese hombre puede aún adornarse con mi belleza ultrajada y humillada, te juro que volveré á las andadas y que esa vez no erraré el golpe.

Jeannine iba á responder, pero Florencia la contuvo con su manita oriental, corta y gruesa.

— Un detalle muy importante. Para halagar á sir Moulton y á esas señoritas de la embajada, se va á almorzar á la inglesa, conservando las señoras sus sombreros. Preven á Valfón que yo saldré con la cabeza descubierta enseñando el poco cabello que me queda... Es preciso que me vea todo el mundo.

Cuando entró del brazo de Valfón en el vasto comedor adornado de blancas molduras antiguas del piso bajo del ministerio, hubo un grito unánime de admiración hacia aquella linda cabecita de muchacho, que se levantaba, pálida, sobre unos hombros espléndidos y un cuerpo de gasa plegado con pieles oscuras. Sus ojos lucían con un brillo febril y duro verdaderamente

extraordinario. Su boca se moría de languidez y de repugnancia. Al sentarse inventó un accidente ocasionado por la torpeza de una doncella... su cabello se había quemado por la explosión de una lámpara de alcohol cuando la estaban peinando... De la ausencia de su madre no se habló una palabra; y sin embargo, ni uno solo de los convidados ignoraba lo ocurrido y todos manifestaban á pesar suyo su curiosidad por sus miradas vivas y escudriñadoras.

¡Ah! el ilustre coronel Moulton, émulo de Stanley, de Speke y de Barker, fusil sin rival para los elefantes, tenía muy mal público, en aquella mañana de Diciembre, para sus maravillosos relatos de cacerías de hipopótamos en las orillas del lago Tanganika y para presentar aquella pequeña reina de los enanos á la que no se había podido hacer sentarse á la mesa y que daba vueltas tiritando en torno de las sillas, con una túnica verde y oro, y los ojos asombrados y redondos y los pómulos microscópicos y terrosos de una gran muñeca que se hubiera caído al fuego y á la que hubieran lavado la cara con manteca. Era, sin embargo divertida, sobre todo contada por el coronel ante aquel mantel fulgurante de nieve la historia de aquella pasioncilla de la joven princesa, enamorada del pálido extranjero matador de monstruos y huyendo con él del país de los pigmeos. Pero al lado de aquella historia que todos fingían escuchar, los convidados trataban de adivinar otra mucho más interesante y misteriosa, una historia de la gran selva parisiense, que oculta á veces muchas víctimas.

Después del almuerzo, muy animado y muy largo, los convidados subieron al despacho del ministro para fumar

mientras miraban la exposición de regalos, los recuerdos de la « *terra incognita* » traídos por el coronel para su antiguo amigo Valfón, á quien conocía hacía veinte años, desde los tiempos de Burdeos, de la bolsa y del periódico *el Galoubet*.

— ¿Y esto, qué es, mi coronel?... Después de una infinidad de juguetes raros, collares de piedras pintadas, una cartuchera de piel de serpiente, un winchester de treinta y dos tiros montado sobre una caja de madera hecha por el mismo sir Moulton, no quedaba más que el rollo de hojas de latanero, gruesas y nerviosas, olvidado sobre los bordados del diván y que Wilkie Marqués se preparaba á abrir cuando el inglés se lo impidió con gran viveza.

— *Take care*, mi querido Wilkie; esto es muy peligroso...

Le tomó de las manos el paquete, lo deshizo con mucha minuciosidad y sacó un manojo de cinco largos dardos, con puño de marfil por un lado y por el otro una punta de hierro envenenada, cubierta con un estuche de dura corteza. ¿Qué veneno era aquel, más penetrante que el curare? ¿De dónde venía? Nadie hubiera podido decirlo, ni Stanley, ni Moulton, ni siquiera la pequeña reina de los pigmeos, que miraba con religioso respeto aquellos dardos que con el más pequeño pinchazo causaban la muerte. ¡Y qué muerte! En cinco minutos una cara de lepra, hinchada, lívida, imposible de reconocer.

— Oiga usted, Valfón, dijo el nuevo ministro de Marina al oído de su colega el de Negocios extranjeros, que estaba junto al fuego extrayendo de su cigarro enormes y silenciosas bocanadas de humo; no debe ser cómodo

hacer política en ese país. Si alguien desea la cartera que uno tiene, pronto le envía una flecha de éstas.

El delgaducho Wilkie se echó á reír.

— Pero, señor ministro, nosotros tenemos equivalentes en nuestra sociedad... Una calumnia bien aguda ó una carta anónima como las que se confeccionan en las casas recomendadas, y yo me encargo de envenenar á las personas más sanas y más resistentes y de proveer de clientes al hospital San Luis.

Su cara de solterona maligna hizo un guiño del lado del ministro, su jefe, como para recordarle su conversación de por la mañana...

— Le encargo á usted mucho, mi querido Valfón, dijo el coronel poniendo las flechas una por una en el mármol de la chimenea después de haberse cerciorado de que tenían la punta cuidadosamente garantida; le encargo á usted mucho que no deje rodar por ahí estos cinco tipos de cartas anónimas del África Central y que las haga colocar lo antes posible en la panoplia del billar para que nadie las toque...

— Duperron se encargará de eso. ¿Oye usted, Duperron?... El ministro se inclinó hacia el ujier que estaba revolviendo el fuego. En cuanto nos marchemos... ó, si no, no; quiero que se haga delante de mí. Esperará usted que volvamos del Eliseo.

Valfón tenía que ir á las cuatro á la presidencia con el coronel y la reina de los enanos á quienes el presidente quería conocer. Unas cuantas bocanadas de humo, el último hipopótamo muerto por las balas de sir Moulton y todos bajaron á la gran sala del piso bajo donde las señoras habían hecho sentarse al piano á la pequeña reina toda confusa. En medio de las carcaja-

das que hacían moverse las plumas de los grandes Gainsborough, y al rumor de la sonora alegría de toda aquella linda juventud, Valfón se aproximó á su hijastra, á la que todavía no se había atrevido á hablar, y preguntó temblón y expresivo :

— ¿No vienes con nosotros al Eliseo?

— No, no... dijo dos veces moviendo violentamente la rapada, sin que Valfón pudiese obtener de ella ni una cabecita rapada palabra más ni una mirada.

Dirigiéndose entonces á su amiga dijo el ministro :

— Se la recomiendo á usted, Jeannine; no la deje usted sola hoy, añadió con una expresión de angustia muy extraordinaria en aquel político siempre dueño de sí mismo. Jeannine Briant, que sabía á qué atenerse, pensó inmediatamente :

« Dice esto para enternecerme. Espera que hable á la pobre Florencia de su desesperación y de sus remordimientos... »

Prometió, sin embargo, estarse con Florencia...

— Está nevando, que es el tiempo que á ella le gusta. Si quiere, pediré su *charrette* á mi tío Marcos y nos iremos las dos al bosque. Aire libre y pieles; no hay nada más sano.

— Gracias, hija mía, murmuró Valfón muy emocionado. Jeannine Briant no volvía de su asombro.

La verdad era que, incapaz de remordimientos, pues la parte sensible de su ser estaba atrofiada hacía mucho tiempo, Valfón se moría de inquietud y de miedo. ¿Qué consecuencias tendría su locura de aquella noche? ¿Qué había sido de la señora de Valfón? ¿Qué proyectos tenía su hija? Con semejantes desequilibradas se podía temer todo. Temía un escándalo ruidoso uno de esos estallidos

de que ni los más altos ni los más poderosos logran garantizarse; y le martirizaba al mismo tiempo la eventualidad de que se le escapase su víctima y de que su triste dicha se interrumpiese apenas comenzada.

¡Qué larga le pareció aquella recepción del Eliseo! Por una extraña analogía, aquella diminuta muñeca redonda y ventruda que todos se pasaban riendo de mano en mano, le hizo pensar constantemente en la aparición de aquella mañana al entrar en el cuarto de Florencia, entre los gritos de la madre, cuando vio á la opulenta criatura tendida de través en su cama y con su negra cabellera esparcida á su lado. ¿Sería un presagio aquella imagen que se le representaba sin cesar? ¿Le reservaría todavía su hijastra, como había prometido, alguna sorpresa espantosa para castigarle? Por último, no pudiendo contenerse, se excusó con el Presidente. El día siguiente había una sesión trabajosa en la Cámara, donde se presentaba como probable una interpelación. ¡Ah! no tiene nada de descansado el cargo de presidente del consejo de ministros...

— Ruego á usted que me ponga á los pies de esas señoras, le dijo el presidente de la República al despedirle.

¡Esas señoras! No le quedaba más que una y ésa no estaba seguro de volverla á encontrar...

Como siempre, al entrar en el ministerio, Valfón subió primero á su despacho donde estaban encendiendo las lámparas. La melancolía de aquel domingo de nieve pesaba sobre el gran palacio desierto. En cuanto estuvo en el despacho, Valfón llamó violentamente.

— Alúmbreme usted... pronto... Y con la misma entonación breve y ahogada: « ¿Quién ha entrado aquí

durante mi ausencia? » preguntó al portero de servicio.

— Yo, señor ministro, y nadie más... Á menos que alguien haya entrado por allí, añadió el plácido Duperrón. *Por allí* significaba la puertecilla disimulada bajo el tapiz que conducía á las habitaciones particulares... Ahora que recuerdo, estoy seguro de que alguien ha venido. Al entrar yo, vi á la señorita Florencia que salía.

Valfón sintió correr por sus sienes un soplo de muerte.

— Bueno, gracias...

El portero se marchaba y Valfón le llamó de nuevo y le dijo enseñándole los dardos de puño de marfil que estaban formando un haz encima de la chimenea:

— Duperron, ¿recuerda usted?... Tan secos y febriles estaban sus labios que apenas podía hablar... ¿Recuerda usted cuántas flechas de éstas dejó aquí el coronel? ¿Eran cuatro ó cinco?

— Cinco... cinco... afirmó rotundamente el viejo pontífice de la antecámara.

Era exacto y faltaba la quinta flecha. ¿Quién la había cogido? ¿Para qué?

El ujier preguntó:

— Quiere el señor ministro que las coloquemos en el billar?

— No, ahora no... luego... Llévase usted la lámpara. Yo no me quedo aquí.

Tenía necesidad de prepararse, de cobrar fuerzas para resistir la sacudida que acababa de sufrir y la angustia de lo que le esperaba detrás de aquella puerta... Y apoyado en la chimenea con las dos temblorosas manos, al blanco reflejo de la nieve que azotaba los

vidrios en silenciosos torbellinos, el miserable pensaba con horror en la flecha que había desaparecido y al mirarse en el espejo, lleno ya de la oscuridad de la noche, el cristal le enviaba una imagen de lívida palidez, de mejillas hundidas y ojos feroces, como aquel hombre no se había visto jamás.

Á la misma hora, próximamente, Antonín Eudeline, lleno también de angustia aunque por otros motivos, subía el *boulevard Saint-Germain* bajo un *simoun* de nieve. Iba á casa de su hermano, á quien todavía no había visto desde su vuelta de Londres, y no habiéndole advertido de antemano su visita, contaba con sorprenderle en plena vida habitual y darse cuenta de lo que hubiera de verdad ó de mentira en las cosas de que le acusaban. Sometido su hermano á una influencia femenina, que era lo que más temía Tonín, ni su madre ni su hermana visitaban al hijo mayor y no podían dar noticias suyas. Las relaciones con una señora del gran mundo, de las que la viuda de Eudeline estaba tan orgullosa, parecían terminadas, ó al menos Raimundo no hablaba ya de ellas, ocupado por otro amor, todavía más misterioso y más absorbente que le tenía alejado de los suyos. « Yo lo dudo; no estoy segura, » decía la telegrafista. La madre nada sabía, y sólo estaba convencida de que su Raimundo no podía gustar más que á una mujer distinguida y de corazón. Unos cuantos días antes, Antonín también lo hubiera jurado, pero ya su pobre cabeza, tan tierna y tan confiada, estaba llena de dudas.

Al llegar á casa de su hermano mayor, Antonín encontró en la entrada del portal, con su mandíbula saliente

de perro dogo y los brazos desnudos y rosados por el frío — aquellos brazos imperiales que calzaron guantes de quince botones — á la señora Alcide y á su escoba, que estaban oponiendo una resistencia heroica á los asaltos de la nieve y del viento.

— ¡ Qué suerte! Aquí tenemos de vuelta al señor Antonín... ¡ Qué contento se va á poner mi inquilino!... ¡ Por vida de!... Pues no entra nieve que digamos en el portal... Sin perder escobazo, pues el esfuerzo del enemigo se aumentaba como de ordinario al caer la tarde, la señora Alcide se agitaba en la puerta y daba ó pedía noticias á Tonín con tal vehemencia, que al joven le costó tanto trabajo decir una palabra como poner un pie en el portal.

— Ha de saber usted que nuestro pequeño anda ya solo y que la señora Sofía le ha curado. Ahí tiene usted una cosa que no olvidaremos jamás... Un niño tan canijo que no se había movido nunca de su carretilla más que para pasar á los hombros de su padre... ¡ Mi pobre hombre! No podíamos mirarnos sin llorar por la idea de que aquel era nuestro hijo único... Pues bien, ¿ querrá usted creer que desde que el chico se tiene en pie, cuando podríamos vivir contentos como reyes, se le ha puesto á Alcide un humor de perros? Ya no sale ni quiere ver á nadie. Hasta las historias de batallas que contaba al pequeño se han acabado. No hay quien le saque una palabra... ¡ Ah! señor Antonín, usted que es tan bueno...

Desembarazado ya de nieve el portal, la señora Alcide consiguió por fin cerrar la puerta de la calle. Entonces se enjugó las lágrimas con uno de sus brazos desnudos, para que Alcide no viese que había llorado, é hizo pro-

meter a Antonín que antes de marcharse entraría en la portería y trataría de averiguar las penas que afligían al antiguo director de la Ópera Cómica, al que siempre se había conocido tan decididor y tan alegre.

— Se lo prometo á usted, señora Alcide, dijo el buen muchacho al tiempo de poner el pie en el primer escalón. Cuando había subido el primer tramo, se inclinó sobre la barandilla y preguntó:

— ¿Está en casa mi hermano?

— Ahora que recuerdo, el señor Raimundo no ha vuelto todavía, pero la señora acaba de subir.

— ¿La señora?

Estuvo á punto de volver á bajar y entrar en la portería para informarse y saber qué especie de mujer iba á encontrar en casa de Raimundo, pero le detuvo cierto rubor y el miedo de meterse en explicaciones interminables. Después de todo, él vería por sí mismo qué casta de persona había tomado el nombre y el rango de « señora » en casa de su hermano mayor. Llegado al piso cuarto, se aproximó á la puerta y escuchó muy emocionado antes de llamar. Pero alguien en el interior acechaba como él y había oído sus pasos, pues la puerta se abrió en seguida, muy despacio.

— ¡Antonín!...

— ¡Genoveva!...

La joven tenía puesto el sombrero y el abrigo y era siempre la misma, muy linda, pero mucho más pálida que de costumbre; acaso el gas de la escalera ó la sorpresa de verle de pronto en lugar de Raimundo, á quien ella esperaba.

— Había creído conocer sus pasos... ¿Qué acierto, eh? mi querido Tonín... Pero entra, entra, no te estés ahí.

El muchacho cogió la mano enguantada de Genoveva y apretándola con efusión, dijo muy bajo, en la antesala, antes de entrar:

— ¡Cuánto me alegro de verte aquí, Genoveva! ¿Vienes muy á menudo?

— Mucho.

Tonín continuó más bajo todavía:

— Entonces conocerás esa persona... esa mujer con la cual... en fin... vamos... la que se hace llamar « la señora ».

Con acento consternado pero ingenuo, Genoveva contestó:

— Esa mujer soy yo, Tonín.

¡Ah! Los que sienten profundamente no mueren una sola vez. La *tilla* representaba para aquel muchacho la mujer, toda la mujer, un poco la madre, un poco la hermana, y algo más todavía. Desde que vino al mundo, desde que respiraba, — nunca para él solo — ni una dicha hubo en la casa, ni una esperanza que no vinieran de Genoveva, que no se presentaran bajo la forma de su lindo semblante. Aquella mujer era para él lo que la Virgen de Fourvière y todas las medallas para Dina, lo que las antiguas novelas para la señora Eudeline. ¡Cómo la encontraba en aquel momento!...

Sentado en la sala al lado suyo, su primera palabra fué una explosión de todos aquellos pensamientos.

— Pero... en fin, ¿por qué no se ha casado contigo?

Con aquel aspecto razonable y dulce que no la abandonaba nunca, Genoveva le explicó las razones que les habían impedido casarse. Raimundo no podía, puesto que estaba obligado á mantener á su madre y á su hermana. Teniendo ya una casa á su cargo, no tenía dere-

cho para hacerse con otra. Él se hubiera decidido á pesar de todo, pero ella no había querido por nada del mundo.

— Pobre amiga... murmuró Tonín rozando con una caricia respetuosa la mano que conservaba entre las suyas. Fuera, el viento pasaba en furioso galope por el balcón y la nieve rechinaba en los cristales. Genoveva, sonriente, continuó después de un momento de silencio, enseñando su sombrero y su abrigo llenos de agua :

— Ya ves, no me quito nada de esto. En cuanto venga Raimundo saldremos á comer fuera, como todos los domingos. Vendrás con nosotros; tu hermano cuenta con ello. Hace un rato, cuando llegué de Morangis, le dije que estabas en París... Y á propósito de Morangis... Su voz se conmovió y un vapor rosado le subió á las mejillas. ¡ Qué buenos habéis sido todos y qué generosos al hacer creer á mi pobre padre que paso mi vida en casa de Casta y que trabajo con ella en su dispensario ! ¿ Qué hubiera pasado si no?... No me atrevo ni á pensarlo.

— Pero, Genoveva — le repugnaba ya llamarla *tilla* — esa historia es muy deleznable. Pedro Izoard vive muy cerca de vosotros y tengo miedo de que descubra el día menos pensado... Es cierto que ni mamá ni mi hermana sospechan nada, después de tanto tiempo... y que yo mismo, cuando he sabido que mi hermano tenía en su casa... en fin... una... una señora...

— Has pensado en todas las mujeres del mundo excepto en la *tilla*, ¿ verdad, mi pobre Tonín ?

El joven bajó la cabeza y torció un poco los gruesos labios, pero se puso en seguida derecho y dijo tranquilamente :

— Ante todo hay que avisar á Sofia, por si acaso se encuentra á tu padre. No os veis hace tiempo, según tengo entendido...

— ¡ Oh ! no, dijo Genoveva con acento indignado... Ha sido muy cruel y muy injusta para con Raimundo. ¿ Sabes de lo que le acusaba y le acusa todavía ?

Tonín hizo seña de que estaba al corriente.

— Pero tú no habrás creído semejante infamia, Tonín.

Después de un instante de vacilación, el joven confesó que había tenido algunas dudas. Aquellas mensuralidades fijas que su hermano mayor entregaba en la casa sin explicar su origen; aquellas relaciones misteriosas con una mujer instalada en su casa, que le impedían recibir á su madre y á su hermana; desde la aventura de Mauglas, sobre todo, todas las suposiciones le habían parecido posibles. Solamente cuando te he visto abrirme la puerta he pensado : « La *tilla* está aquí, viene á verle; no hay nada que temer, estamos salvados. »

Se oyó la voz de Raimundo que llegaba y el rumor de una discusión de jóvenes en la escalera. Genoveva se levantó.

— Quiere á tu hermano como siempre le has querido, Tonín, dijo en voz muy baja. Es bueno, tiene el alma digna, y es incapaz de toda acción mala. El dinero que gasta para sí y para su familia es bien adquirido; son adelantos hechos á su inteligencia y á su trabajo. Puedes estar tranquilo.

Raimundo entró y presentó su electricista á los dos compañeros que traía consigo. Un joven largo y enfermizo, de ojos hundidos y espalda arqueada, autor de un tratadito de psicología que destilaba veneno, titulado

Mi maldad, y un hombre regordete y sin edad determinada, gran gastrónomo, cortesano y confidente de los grandes y de los pequeños renombres, uno de esos acompañantes de personas conocidas, de esos hombres que tienen por profesión dar el brazo y preguntan seriamente á sus víctimas si tienen preferencia por alguno de los dos lados. Ambos eran miembros de *la Voraz* y como tales vestían con el mayor atildamiento, cuello á lo Van Dyck y gran corbata tornasolada, y protestaban con el romanticismo neocristiano de sus ideas, de sus chalecos y de sus peinados contra la bohemia naturalista y contra todos los pintores, psicólogos ó no, de la vida vulgar.

Sin embargo, sus comidas á escote de los domingos, lo que ellos llamaban *la lombarda*, formidables cocidos de esa verdura y de judías con tocino, que devoraban todas las semanas en el primer piso de una casa vieja de la calle de los *Poitevins*, de barandilla de hierro y ancha escalera de negros ladrillos, llena de recuerdos de Vallés y de Courbet; aquellas famosas comidas no tenían nada de románticas y despedían, por el contrario, un fuerte olor de realidad. Después de *la lombarda*, presidida aquel día por Raimundo y amenizada con unas cuantas botellas de vino espumoso en honor de *Una familia francesa*, la cuadrilla dejó la mesa y se dirigió por la nieve y en pequeños grupos discutidores y pontificales hacia la cervecería del *boulevard Saint-Michel*, donde *la Voraz* tenía su centro en una salita del fondo adornada con un estrado y un piano.

Por el camino, Antonín, que iba el último cubriendo con su paraguas á Genoveva, oyó que uno de los jóvenes voraces que iban delante decía á su compañero :

— El simbolista ha traído su individua. No podremos decir nada que sea divertido.

Á pesar de sus costumbres de obrero y de los duros callos que el taller había hecho en su naturaleza fina y delicada, Tonín se sintió herido en el tierno respeto que profesaba á su amiga y comprendió, como dos ó tres veces durante la comida, que aquel no era el puesto de Genoveva y que Raimundo no debía haberla llevado. Algunos de aquellos jóvenes tenían consigo sus queridas, discípulas del Conservatorio emancipadas para hacerse actrices de pequeños teatros. Otros habían invitado á comer *la lombarda* á una célebre recitadora á la que hacían después grandes honores en la velada. Aquellas mujeres hablaban poco unas con otras y se aplicaban unos ceremoniosos « Señora », « querida Señora », como en el saloncillo de la Comedia francesa, pero en sus miradas y en sus contracciones de boca se veía bien que todas pertenecían á la misma clasificación social. En aquella escayola hacía una rozadura, una señal de uña uniforme con la que sólo Genoveva no estaba señalada. Se veía que era de otra pasta, y en eso estaba la ironía de la frase : « el simbolista ha traído su individua. » Ciertamente, Raimundo no debía haberla llevado.

La velada se pasó tocando la música y diciendo versos; música de guirimbos que solamente oye y comprende el que la toca, y versos sin rima, que parecían una traducción muy difícil de autor extranjero. Después se suscitó una discusión sobre la novela verista y sobre *la Familia francesa*. El verismo y el naturalismo, ¿ no eran la misma porquería? Se acabó la novela del hombre y de la mujer, tan fastidiosa de contar

como de vivir. Había que intentar la novela del perro...

— ¡Qué perversos son! Un libro que le ha costado tanto trabajo... El pobre hermano menor, con el corazón sublevado, hablaba en voz baja con Genoveva, que estaba sentada á su lado en un rincón del café.

— Sí, tienes razón, son malos. Parece que se envenenan bebiendo mala tinta... Sus libros les desecan. Han leído demasiado y siendo demasiado jóvenes y saben demasiadas cosas. Y luego la presión de los concursos, la ambición de ser el primero en la vida, como en el liceo, de avanzar sobre las cabezas de los demás y de aplastarlo todo...

Antonín sonrió con tristeza.

— Entonces, *tiita*, agradezco mucho á mi padre el no haberme dado instrucción, puesto que vuelve feroces á las personas.

Genoveva protestó:

— No, Tonín, el saber no vuelve malo al hombre, pero el niño á quien la existencia no ha aleccionado todavía puede dar mal empleo á lo que ha aprendido. Esto es lo que sucede á nuestro Raimundo. Tiene un corazón de oro y acaba de escribir un libro cruel.

El joven se estremeció. Hacía muchas horas que estaban juntos y habían evitado hablar de la novela de Raimundo como de cosa desagradable y peligrosa.

— Sí, un libro que á todos nos ha hecho llorar, añadió Genoveva con aquel acento profundo que la sinceridad daba á todas sus palabras.

Tonín iba á responder, pero Raimundo, con un periódico desdoblado en la mano, se aproximó á ellos muy emocionado y con los labios blancos. Alguna crítica

feroz de su libro, sin duda. Se inclinó hacia Genoveva y dijo con voz vibrante:

— Te lo ruego; la Nas va á cantar el *Centauro* y los *Torbellinos celestes*. Aproxímate, no vayan á creer que desdeñas á esa gente.

Genoveva obedeció y dejó la mesa sin decir palabra. Raimundo, en seguida, puso delante de su hermano el periódico que tenía en la mano y subrayó un párrafo con una señal de uña y algunas palabras en voz baja:

— No he querido hablarte delante de ella á causa de este nombre de Marqués, que siempre la entristece; pero lee... en las últimas noticias.

Tonín recorrió este suelto sin mover apenas los labios:

Una espantosa desgracia acaba de herir al presidente del Consejo y á su familia. La señorita Florencia Marqués, hija política del señor Valfón, ha muerto repentinamente esta tarde en el ministerio, en plena salud. Tenía apenas veinte años.

— Me hacen gracia esos muchachos que nos llaman los pintores de la vida vulgar, murmuró el joven autor de la novela verista... Creo que no deja de haber drama y misterio en esa sencilla noticia